

AMORES PARA UN VIAJANTE SOLO

Luis Junco

—En el fondo somos afortunados, ¿no te parece? Este amor así, con las limitaciones que juzgaría el común de los mortales, se demuestra auténtico y verdadero. En realidad, no veo ningún otro que pueda ser posible. Con el paso del tiempo llegará a parecernos invulnerable.

A las dieciséis y veintidós, a más de novecientos kilómetros por hora y a una altitud de diez mil metros, Agustín Salmeán, representante de una renombrada firma de tecnología punta, viaja rumbo a Zurich. En un asiento de la primera clase del Boeing 747 que lo transporta repasa una apretada agenda y los pormenores de la importante entrevista del día siguiente. Después, guarda documentos y agenda en un liviano portafolios y reclina suavemente el asiento.

Aún no ha acabado de cerrar los ojos, cuando sus pensamientos vuelan en dirección contraria, unas cuantas horas antes, en el aeropuerto de Madrid-Barajas. Vuelve a escuchar el esperado anuncio por los altavoces que pronuncian su nombre, y a verse en su acudir presuroso al mostrador de información. Apenas recuerda la gentil azafata que le hace la entrega, pero recuerda hasta el menor detalle cada palabra y signos del mensaje que atesora en un bolsillo interior de su americana. *"Confirmando llegada esta tarde a Zurich y alojamiento en el hotel Ambassador. Te quiero. Alicia"*. Casi puede ver sus largos dedos redactando el mensaje, los graciosos rizos de su pelo suave y dorado cayendo en sombras sobre las letras y el papel. ¿Dónde estará ahora, qué estará haciendo? Tal vez descansando en el hotel, decide, haciendo tiempo para trasladarse al aeropuerto. O en la larga sobremesa de un acogedor restaurante de París, con un importante ejecutivo parisino -esos lúbricos ejecutivos franceses, enfatiza con rabia-. Por primera vez siente celos por Alicia. Despierta, a la vez sorprendido y alegre.

A las diecisiete y cincuenta y dos, apenas cuatro minutos sobre el horario previsto, está en el aeropuerto de Zurich. Sin demora, toma un taxi y se dirige al hotel Ambassador. Un correcto recepcionista le comunica que está hecha la reserva a nombre de Alicia Brünstein, pero que ésta aún no ha llegado. Con la esperanza de una corta espera, Agustín Salmeán sube a su habitación. Mientras deshace el equipaje, piensa en el delicado cuidado con que Alicia ordena sus ropas, la suavidad de las mismas, el inconfundible olor que emanan. Tiene el tiempo justo para ducharse y cambiarse de ropa. Después vuelve a bajar a la recepción y deja un mensaje para la señora Brünstein: *"Siento la demora. Te dejo la entrada para el concierto. Si no pudieras llegar, te espero para cenar en el restaurante Parade, en la Bürkliplatz, al final de la Bahnhofstrasse. Agustín."*

Sentado junto a la única butaca vacía de una zona privilegiada del Tonhalle, Agustín Salmeán escucha, con el mismo sentimiento que suele hacerlo, la Obertura del Cazador Furtivo de Weber. Es un sentimiento de paz interior, de exaltación de los sentidos habitualmente adormecidos o distraídos en hábitos agitados y menesteres minuciosos y absorbentes. Por un instante siente la ausencia de Alicia; pero el poder de la música rompe espacio y tiempo y la hace presente en una mágica burbuja en la que comparten un instante sin tiempo ajeno a aeropuertos, hoteles, entrevistas, ofertas y demandas, presupuestos, taxis, dietas, facturas, equipajes. En el intermedio siente por vez primera la impaciencia y mientras fuma un cigarrillo en el hall no puede evitar mirar constantemente hacia la puerta. Pero sólo aparece la noche incipiente de Zurich, y, aun sin verse, la patente presencia de los Alpes en su actitud de espera interminable. Durante la segunda parte, la ausencia de Alicia prevalece sobre la formidable cuarta sinfonía de Johannes Brahms. No tiene conciencia del último movimiento, y apenas da comienzo el entusiasta aplauso del final, Agustín Salmeán abandona la sala de conciertos como urgido de una

perentoria necesidad. Su primera intención es llamar al hotel; pero el sedante aire de la noche suiza consigue mitigar su impaciencia. Mientras camina por la Bahnhofstrasse es consciente de que ha estado a punto de echarlo todo a perder. Al final de la calle, la aparición de las luces del muelle del lago hace renacer su ilusión y con renovada esperanza se dirige al restaurante Parade. Son pasadas las veintidós y quince, y Agustín está sentado junto a un amplio ventanal desde el que se abarca la hermosa franja luminosa que circunda el Zürichsee. Sobre su mesa languidece la romántica luz de una vela que parece reflejar la evolución de su ánimo. Al otro lado de la mesa un asiento vacío sigue aguardando la presencia de Alicia Brünstein. Un cortés camarero se ha acercado y le pregunta de nuevo si ya desea ser servido. Responde que aguardará un poco más y sus pensamientos construyen una conversación y una imagen cálida de Alicia. No hablarían de trabajo, sino de las especiales características que éste imprimía a sus vidas. Ella estaría espléndida, su largo pelo graciosamente recogido y dejando franco el óvalo perfecto de un rostro donde la luz de la vela queda atrapada como en un charco nocturno. Sus ojos —¿verdes? ¿marrones? ¿ambarinos?— insinúan complicidad mientras dice:

—En el fondo somos afortunados, ¿no te parece? Este amor así, con las limitaciones que juzgaría el común de los mortales, se demuestra auténtico y verdadero. En realidad, no veo ningún otro que pueda ser posible. Con el paso del tiempo llegará a parecernos invulnerable. Agustín sonríe asintiendo: es su mismo pensamiento. La intermitente lejanía de los cuerpos acrecienta la comunión de sus espíritus. Lejos de enfriarse, éstos crecen obligados a buscarse por encima de mares y océanos, en el rastro laberíntico de tierras y distancias, entre el maremagnum de pueblos y extrañas culturas. Es cierto que se resienten de la ansiedad que produce la ausencia, que padecen el sufrimiento que otorga la lejanía. Pero el sufrimiento une; la ansiedad queda mitigada por la evocación del otro, vencedora instantánea de la soledad.

Aún la lleva con el pensamiento del brazo, caminando unidos sobre resonantes adoquines que devuelven sus pasos en ecos altos y precisos como los próximos perfiles de las montañas heladas, cuando repentinamente sus ojos tropiezan con la fachada del hotel Ambassador. Si hubiéramos podido ver su rostro, diríamos que su expresión denota a la vez decepción y acomodo, un como decir: "Bueno, al fin y al cabo, ha faltado poco para resultar una perfecta velada." Después entra en el hotel y acoge sin un gesto la esperada nota que le entregan en la recepción: *"Imprevistos de última hora, me obligan a suspender el viaje. Alicia."* Sube a su habitación y apenas se demora en quedar profundamente dormido.

A la mañana siguiente, Agustín Salmeán se levanta temprano y luego de un abundante desayuno, recoge su equipaje y firma en la recepción los gastos de la estancia. Antes de abandonar el hotel, se dirige a la agencia que gestiona viajes, reservas y comunicaciones. Después de consultar minuciosamente su agenda, Agustín Salmeán ajusta fechas, horas y lugares. Por último ordena dos viajes para Berlín con fechas y horas diferentes; dos reservas al hotel Penta para aquel mismo día; dos reservas para un concierto de la Orquesta Filarmónica; reserva de una mesa en el restaurante don Giovanni; tres comunicaciones de fax a ser enviadas a horas precisas. En el lugar del Destinatario de los mensajes escribe su propio nombre. Sólo duda unos instantes, los momentos de decidir el nombre, *Claudia Mei*, y comenzar a imaginarla.

(Del libro de relatos "Cuentos de amor para tu cumpleaños")